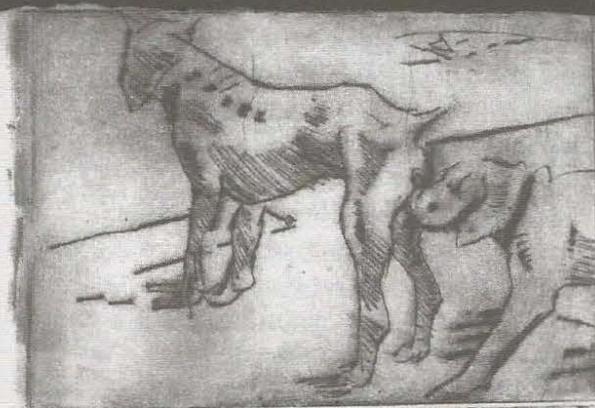


ESTRONGI 90792 315

Serie "Lo continuo y lo discreto", GRABADO CONTINUIDAD I, RODOLFO SOUSA,  
(PUNTASECA, AGUAFUERTE Y CARBORUNDUM).



TALLA

# OTRAS CREACIONES

OTRAS CREACIONES

# EL SEÑOR MOSTAZA

ESTHER M. GARCÍA

Licenciada en Letras Españolas de la Universidad Autónoma de Chiapas

Jamás le dieron la oportunidad de elegir su nombre y todos en la cuadra lo conocían como el señor Mostaza. Usaba corbatas amarillas a rayas, saludaba siempre al salir hacia el trabajo cuando recién despuntaba el sol. El señor Mostaza escondía una ligera tristeza detrás de sus ojos negros, negros como los de un cordero a punto de balar. Las mañanas se deslizaban tranquilas entre sus pies: primero levantarse, ir al trabajo, comer, regresar a casa. Decía que sí a todo, jamás había un no. Siempre pensaba “qué buenos los hijos”, sonreía falsamente hacia la esposa, el perro, el vecino; mentía hasta frente al televisor.

El señor Mostaza se cansaba de cargar sus años, los días. Las horas se le convertían en canas, y los sueños, que alguna vez tuvo, se morían frente al almuerzo frío. ¿Pero cómo escribir? ¿Cómo llegar a hacerlo? *Están la casa, los hijos, el trabajo hueco*, decía Mostaza llorando en un rincón del baño con sus ojos de cordero.

Nada digno para escribirse pasaba en su tranquila vida que se deshacía como un iceberg frente al sol. El señor Mostaza oraba en el baño por tiempos mejores, se lavaba meticulosamente las manos y salía a su jardín. Observaba triste a los niños que corrían de un lado a otro, a los perros que andaban o corrían libres por las banquetas y las calles. Miraba las puntas de sus dedos, las palmas frías, la cartografía extraña de caminos que se dividían, zigzagueaban o se cortaban libremente. *Ojalá mi vida fuera así, llena de cosas distintas*, se decía Mostaza mentalmente, mientras veía a los vecinos sacar a pasear sus vidas con un suave cordel.

Nunca salía más allá de su cuadra y le aterrorizaban las calles del centro de la ciudad. Polvo, ruido, personas y carros lo ponían nervioso hasta la médula, pero anesthesiaba al miedo silbando mientras atravesaba esas calles. *Nada digno de escribir*, pensaba mientras en los niños, en la plaza principal del centro, les salían alas por las orejas, volaban por los cielos y las señoras corrían detrás de ellos para no perderlos en el aire. Cuadras enteras caminando y ninguna idea aparecía, sólo una mujer gritando que le habían robado el sombrero, mientras el chico que lo hizo pasaba corriendo al lado suyo esbozándole una sonrisa.

Mostaza regresaba a su hogar triste por una tarde perdida sin inspiración, ni ideas que plasmar en su escritura. El sueño de toda su vida siempre como un fantasma persiguiéndole, pero sentía que las personas como él no podían soñar. Su mamá siempre le dijo que en la vida hay que ser bueno, estudiar para hacer algo y no ser alguien. Por eso siempre los calcetines limpios, la raya por en medio perfecta en su corto cabello, la mentirosa sonrisa, el ademán repetitivo al saludar.

Pasaron días sin que el señor Mostaza tuviera ganas de salir a la calle a buscar una historia. Después del trabajo pasaba la tarde dentro de su casa viendo a los hijos, contestando crucigramas, leyendo historias. Algunas veces se sorprendía a sí mismo tomando varias copas de vino hasta no recordar nada, se quedaba simplemente sentado en la mesa frente a la botella sin mirar algo.

Los ojos de su mujer siempre daban una mirada de desaprobación, siempre necesitaban más. Una mejor casa, un mejor carro, dinero... dinero... dinero, querían sus ojos y sus manos y su pelo y Mostaza sólo sentía un enorme hueco en las entrañas que no se llenaba con nada.

Otro día despuntaba los ojos y el señor Mostaza regresaba a su trabajo. Siempre contar números, enfiarlos, sumarlos, restarlos, verlos horas, minutos y segundos. Números y más números aparecían y siempre tenía que contarlos y mantener todo en orden, no estaba permitida ninguna equivocación. Aun ahí, pensaba en escribir pero su mano sólo escupía números ordenados, ninguna oración quería salir de la tinta de su pluma.

¿Pero qué escribir? Pensaba Mostaza mientras multiplicaba al infinito toda su aficción. Podría ser la vida del señor Ordóñez, tan jovial tan hablador, que gustaba de humillar a otros con sus bromas; o de su jefe, el señor Márquez, quien disfrutaba de gritar siempre cerca del oído y emplear el “¡tenemos que hablar serio, hágame el favor de pasar a la oficina!”, pero no, el señor Mostaza no podía hilar las frases, sólo apuntaba y apuntaba más números.

De vez en cuando Mostaza padecía de alguna erección entre juntas y cifras, entre pláticas burdas de socios y la ida a la cafetería. Eyaculaba en el baño con la tremenda tristeza de quien tiene todo y no tiene nada.

La tarde llegaba y Mostaza salía de nuevo a las calles. Las nubes se amontonaban en el cielo gris, las hojas caían de los árboles en una muerte silenciosa y la gente se dispersaba de un lado a otro como en un hormiguero. Ya en la plaza se oía el bullicio de la gente y los gritos alegres de los niños, pero en ningún lado se veía una digna historia que contar.

Las horas se le iban pensando, rumiando entre dientes oraciones que no lo convencían. Maldecía en secreto, se veía las puntas de los dedos, las palmas. Veía de reojo la vida que se desanudaba frente a él y él era como un objeto inerte sin nada que decir o hacer, sólo lo peor: observaba.

Decidido, caminó derecho por la calle, atravesó un viejo puente de madera podrida por donde se aferraba una enredadera de flores azules. Algo debajo de ese puente lo hizo mirar hacia abajo. En el pequeño arroyito que lo atravesaba, entre la maleza, yacía el cadáver de un vagabundo rodeado por los matorrales, acariciado por la enredadera. Parecía un cuadro olvidado en un sucio rincón de la ciudad pero el señor Mostaza lo veía con sus ojos negros de cordero y pensaba: *Sólo un muerto y nada que escribir.*

Seguía su camino por las calles hasta llegar a la principal, llena de gente, de restaurantes, de tiendas, de cosas que le podrían servir. Hombres y mujeres sonriendo sin saber él la causa, una pareja peleando, ¿por qué peleaban? Niños inventando mundos, anidando personajes, cosas y monstruos encima de sus platos recién servidos en las mesas del restorán. Nada de esto llamaba la atención del señor Mostaza, ¿cómo escribiría sobre aquellas personas alegres siendo él tan sólo una sombra?

¿De qué podría escribir? Se decía, mientras el sol lo cegaba con sus últimos rayos y declinaba la luz. Poco a poco las calles empezaban a vaciarse y con ellas llegaba el miedo a tocar los hombros del señor Mostaza por otra oportunidad perdida. Tal vez su madre siempre tuvo la razón, tal vez su esposa y sus ojos, y esas manos que servían por costumbre el desayuno, también tenían razón. Todo era tiempo perdido, las sombras como él no podían soñar.

Pasando por los aparadores se topó con una imprenta. Por curiosidad entró para pedir costos por la impresión completa de su libro, aún no escrito, pero el muchacho que lo atendería sufrió un accidente. El señor Mostaza sólo alcanzaba a escuchar los gritos pero nadie más respondía al llamado. Mostaza preguntó varias veces si todo estaba bien, pero el chico sólo gritaba y lloraba. El

señor Mostaza entró hasta el fondo del local y vio dos brazos desparramados en el piso y al muchacho atorado en la prensa.

El pánico hacía sudar la frente estrecha del señor Mostaza que no sabía qué hacer. Se acercó al chico y apagó la prensa que amenazaba con seguir triturando todo lo que encontraba a su paso. Como pudo cargó el pesado cuerpo del muchacho y tomó el primer taxi para dirigirse al hospital. La mirada del conductor se posaba en los muñones sangrantes de lo que antes eran los brazos del encargado de la imprenta. No se atrevió a preguntar el porqué o el cómo, sólo apretó su pie contra el pedal del acelerador hasta llegar como un bólido al hospital.

En la sala de urgencias pasaron rápidamente al afectado pero el doctor encargado en turno le preguntó a Mostaza: “¿Y bien? ¿Dónde están los brazos?”. *Los brazos, estúpido, los brazos*, se repetía en castigo Mostaza, pues no sabía que aquel hombre mutilado podía salvarse al ser reimplantados los miembros que habían dejado como basura regada.

Rápidamente Mostaza se ofreció a regresar al lugar para traer de nuevo las partes faltantes pero al llegar a la imprenta encontró cerrado y sitiado el lugar por varios policías. Una franja amarilla coronaba el área y Mostaza, por vez primera en su vida, hizo acto de valor, alzó su voz ronca y pesada y se hizo escuchar. Los hombres le permitieron el paso para recoger los brazos aún tibios en el suelo pero, ¿cómo llevarlos intactos hasta el hospital? ¿Cómo hacer que el tejido no se dañase, que la carne no comenzara el lento proceso de descomposición?

Mostaza apretaba los labios y pensaba que había fallado, pero se le ocurrió ir al restorán de la esquina, donde le prestaron dos cubetas grandes llenas de hielo. El señor del restorán le ayudó con un brazo y lo metió en una cubeta. Un transeúnte ya había parado un taxi para llevar a Mostaza de regreso. Todos le desearon lo mejor y el taxi en poco tiempo a la vista de todos desapareció.

El taxista iba tan rápido pasando de aquí a allá amarillos y rojos que pronto una patrulla los paró. ¿Hacia dónde tan rápido?, decía el policía sacando la libreta de infracciones. El taxista atinaba a decir que era una emergencia, que tenían que llevar rápidamente unas “cosas” al hospital. *Dígame qué cosas y vemos de a cuánto*, respondió el oficial, ante lo cual, Mostaza sacó un brazo algo morado de la cubeta fría.

El policía abrió los ojos tan grandes como pudo y una punzada en el estómago lo golpeó. Inmediatamente, y sin decir nada más, se subió a su patrulla y escoltándolos les abrió camino hasta el hospital.

Al llegar, Mostaza bajó rápidamente del taxi y corrió con las cubetas hacia adentro, donde una enfermera le dijo que ya lo estaba esperando un equipo médico que había aceptado ayudar al chico gratuitamente en otro hospital y el helicóptero de dicha clínica aguardaba en el techo para transportar los miembros faltantes. Mostaza subió al helicóptero como guardián de aquellos brazos que iban en camino hacia su dueño.

El lugar se encontraba a media hora en vuelo. Al llegar, médicos y enfermeras esperaban las extremidades para dar inicio urgente a la operación. Todos felicitaron a Mostaza por su gran hazaña. Él esperó las horas que caminaban lento durante la cirugía, pacientemente, como si su propia vida estuviera en juego, hasta que por fin un hombre de bata blanca se le acercó. Tocó suavemente su hombro, lo apretó firme y le dijo: “Hicimos todo lo que pudimos, con éxito reimplantamos los brazos, pero su corazón no aguantó”.

Mostaza se derretía como la mantequilla en el fuego, tanto esfuerzo y nada había servido. Caminó por los pasillos blancos y de olor higiénico hasta la puer-

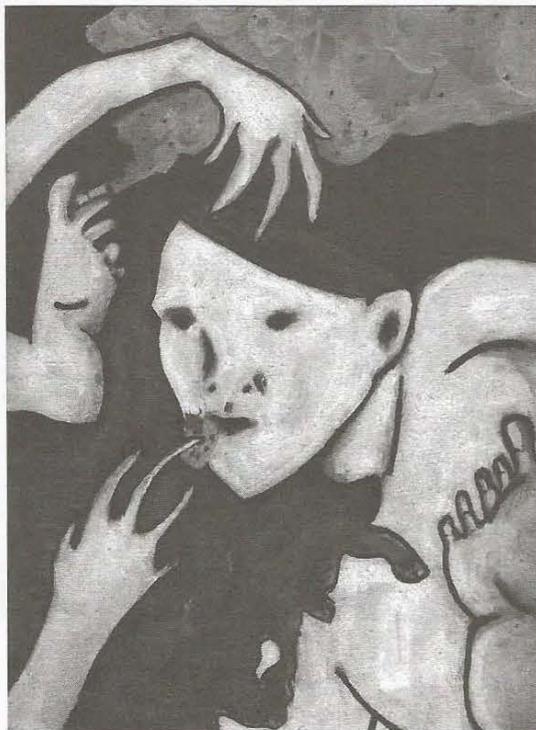
ta de salida y en las afueras del hospital lloraba en silencio. Pidió un taxi y regresó como siempre, con una tristeza chupándole los huesos, a su hogar.

Su mujer lo esperaba sentada en la mesa con la cena fría y el ceño fruncido. Los hijos dormían, los grillos cantaban y la oscuridad se enredaba en sus pasos como una soga. Ella reclamó y Mostaza le contaba lo ocurrido. Ella no le creía porque a las personas simples como él jamás les sucedía nada. Él le juraba y repetía la historia a cada pregunta, a cada guiño interrogatorio por parte de ella, quien acostumbrada a no creerle, prefería ir a dormir que seguir discutiendo.

Parado en medio del comedor entre la soledad y la oscuridad de la noche cayendo como un higo seco, Mostaza se preguntaba por qué no tenía una vida mejor, por qué no podía escribir, ni sonreír como aquellas personas que aparecían en los anuncios de la tele o morir como aquel chico, ayudado por todos, que no aguantó.

Sin tener alguna respuesta pero sí muchas preguntas, el señor Mostaza prefirió ir al baño, limpió sus dientes con caries, se lavó la cara, y al secarse se quedó mirando el espejo que reflejaba a un hombre con la frente estrecha, con la raya por en medio perfecta en su cabello corto, con unos ojos negros como los de un cordero a punto de balar.

Recordó los brazos, lo rojo manchando el piso, al chico gritando, a los hombres que ayudaron, a las personas en las plazas, las calles, los restaurantes y sus vidas que sacaban a pasear con un suave cordel. Recordó sus pasos en las calles tranquilas, la muerte, el vagabundo entre las flores, el chico fallecido entre un cuarto blanco y el olor higiénico, los niños con alas saliendo de su orejas y al chico robando un sombrero. Inmediatamente caminó hasta su cuarto, sacó una hoja en blanco, destapó su pluma y empezó a escribir: "Jamás le dieron la oportunidad de elegir su nombre y todos en la cuadra lo conocían como el señor Mostaza. Usaba corbatas amarillas a rayas, saludaba siempre al salir hacia el trabajo cuando recién despuntaba el sol".



*If. We've all seen the flowers, JORDI SITJA.*